

Lo primero para una lengua es producir obras maestras, que espíritus selectos se derramen en ella y manos de artistas la repujan y afiligranen; pero abrir vías a la comprensión de esas obras maestras y a la admiración de esos grandes pensadores y de esos delicados orfebres es obra útil, aunque modesta, y toca a todos, es decir, al Estado, que a todos representa, realizarla. Hoy, con respecto al castellano, culmina lo oportuno de la empresa. Y no sólo en España y para España. Por eso se preconiza el asocio, si se logra, de todos los pueblos que tienen por suya esta lengua, que con orgullo y con razón se llama lengua de Cervantes, al par de lengua de España, porque en ella se produjo ese hombre tan maravilloso, que él solo vale por toda una literatura, y con cuyo nombre puede substituirse el nombre de un país.

¿Que por qué interesa también a los americanos la divulgación inteligente del castellano? Puede darse, entre muchas, esta razón: una parte, aun mínima, de la Humanidad, advertimos que empieza a abrir los ojos, llenos de graves interrogaciones, para conocer el mensaje espiritual que trae a los hombres la nueva raza que aparece en el Nuevo Mundo, fecundado por el viejo genio latino. Sólo en España no se descubre, hasta ahora, semejante curiosidad. La razón no es que España nos conozca mejor, sino que la curiosidad intelectual y la agudeza psicológica no son españolas.

Y así la curiosidad por nuestra lengua, y por el espíritu al que sirve de vehículo, empieza, aunque muy poco a poco, a pasar del atareado escritorio de los mercaderes al tranquilo gabinete de los pensadores, de los artistas de la pluma: es decir, del hombre desinteresado que busca sólo ideas o nuevas emociones estéticas.

En casi todos los pueblos de Europa empiezan a aparecer hombres que nos miran en los ojos a los americanos, y no sólo en el bolsillo.

En Suiza puede citarse a Frederic Raisin; en Suecia, a Göran Björkman; en Dinamarca, a Carlos Bratli.

En Alemania, entre los que nos leen, nos traducen, nos comentan a los escritores de América, cuéntanse Víctor Björkman, María Björkman, Jos. Froberger. En Inglaterra—sin mencionar al grupo del *South America Supplement*, del *Times*—, indíquense estos nombres: Cuninghame Graham, Lorrain Petre, F. A. Kirkpatrick. En Italia tenemos un grupo selecto: Mario Puccini, Ezio Levi, Fosco Testena, Gilberto Beccari, F. M. Gelormini, Ett. Zuani, otros.

En Francia, la lista crece: Marius André, Jules Mancini, Francis de Miomandre, Max Daireaux, Charles Bar-

thez, George Pillement, Maurice Escoffier, Jean Casou, Phileas Lebesgue, J. F. Juge, Mauvel Gabisto, F. Vezinet, Jean Pérés, Renée Lafont, Berthe Delaunay, Jules Humbert, A. Songéon, Henri Lorin y todo el grupo que los señores Martinenche y Charles Lesca han reunido en torno de la *Revue de l'Amérique Latine*.

En los Estados Unidos los contaríamos por centenas, porque este país de Calibanes no carece de idealistas. No debemos confundir, aunque se confunden, a los que están al servicio del imperialismo—o de una ambición nacionalista—con los que sirven las ideas. No es posible citar sino a unos pocos; y primero, al primero: Isaac Goldberg, escritor lleno de envidia, crítico que

Siluetas de la noche

(A mi buen maestro y ameno escritor don JOSÉ FIGUER DEL VALLE)

Media Noche:

La Vía Láctea, que semeja
el dedo índice del Tiempo,
con el labio de los Cielos, en el éter, forma Cruz.
Se dijera que demanda
de los mundos el silencio
y la calma de la noche para el sueño, en el azul.

Las Estrellas:

Las luciérnagas eternas
que pululan las cavernas
do a dormir se van las Ninfas de la selva del dios Sol,
van pasando titilantes
entre nubes, rutilantes
con los rayos que Selenia da al Alcázar del Señor.

.....
Se oyen rítmicas, pausadas,
doce lentas campanadas
cual quejidos que se alejan, y en la calma nocturnal,
de los antros tenebrosos
van saliendo, silenciosos
y muy llenos de misterio los espíritus del Mal.
Allá largo, en la Barriada,
tras la sombra desgredada
de los muros ya ruinosos de vetusto caserón,
se oyen lúgubres aullidos,
y enigmáticos ladridos
de los perros que en las noches ven heraldos de terror.
Pasa rauda una lechuza, que en sonora carcajada
pareciera que se mofa del silencio sideral
mientras vibran inquietantes
en los sauces crepitantes
las estrofas que un mochuelo da con tono funeral.

.....
Por el viejo embaldosado se oyen pasos sigilosos,
y a la luz de las estrellas,
de unas faldas a las huellas
se divisa la silueta de un «Don Juan».
Entre tanto, allá en las torres, los badajos perezosos
enderezan las cabezas, nueva hora al anunciar,
para caer de nuevo, entonces,
en la panza de los bronce
que se asoman por la ojiva de la vieja Catedral.

TITO LIVIO SOLERA.

Alajuela, C. R., enero 20 de 1923.

sabe ver y hacer ver. Vendría después Cecilia Gillmore, el entusiasmo zahorí; Byrne Lockey, un pensador; Coester, que ha historiado nuestra literatura; Stevenson, que ha esculpido en prosa duradera a los héroes máximos de nuestra emancipación. Y podría mencionarse a Peter H. Goldsmith, W. R. Shepherd, Samuel G. Inman, etcétera.

Los que se ocupan en los escritores de España son algunos de esos mismos—y otros, aunque no con toda la extensión que varios de los escritores vivos de España merecen—. Estamos lejos, por ventura, de aquellos tiempos en que se contaban con los dedos los hispanistas de todo el mundo y sobraban dedos.